

HAGAMOS SITIO A LAS FLORES

IÑAKI LINAZASORO

EL aire en fiesta, «Oarso» preludia las animadas «Magdalenas» en el apogeo del estío.

Jornadas de alegría, de cordialidad, a las que me gustaría aportar una fragante rosa a cada uno de los hogares errenditarras. Pero consciente de la imposibilidad material de cumplir mi deseo, aporto este canto a los humildes seres del reino vegetal que tanta belleza ponen en nuestra vida.

El sol generoso renovó la savia y el polen floral, haciendo posible que hasta la misma maleza disimule su fealdad vistiéndose de delicadas flores.

... Y entre todas ellas la rosa, la reina del jardín desde los fastos de Midas, consagrada a la diosa Venus por los griegos y cultivada por el filósofo Epicuro para sentir la dicha de acariciarla al relente del amanecer, cuando todavía luce el esmalte del rocío. En poética expresión de los hermanos Alvarez Quintero, «es la estrella que del cielo curiosa de ver el suelo resbaló».

En los contubernios de los gobernantes de la Roma Imperial, donde se urdían conspiraciones, acostumbraban colgar en el techo una rosa y los asuntos allí tratados quedaban **sub rosa**, concepto equivalente al moderno anglicismo **top secret**. El rosetón moldeado en yeso, en el que atina su centro la lámpara que cuelga en las habitaciones de nuestros hogares, es una reminiscencia de aquella costumbre que Roma, a su vez, heredó de Persia.

Sin necesidad de alejarnos tanto geográficamente, estas funerarias, remates y tallas arquitectónicas vascas se hallan decoradas por rosas. Las de seis pétalos son símbolo solar pagano y las de ocho hojas simbolizan la eternidad.

La presencia de la rosa en la heráldica euskaldun obedece a la presencia de las tropas inglesas del duque de Lancáster en nuestro país.

En la lejana primavera de 1367, las huestes de Lancáster, aliadas a Pedro el Cruel en guerra civil que éste mantuvo contra su hermanastro Enrique de Trastámara, regresaban de la batalla de Zaldiaran—en las proximidades de Gasteiz—, saqueando el santuario guipuzcoano de Dorleta y apoderándose de la imagen de la Virgen que, por cierto, es la patrona universal de los ciclistas profesionales.

Los vecinos del Real Valle de Léniz, donde se ubica el santuario, hicieron frente a los sacrílegos ladrones rescatando el icono y reponiéndolo en su trono.

Fieles a la tradición de que los vencedores ostentasen las insignias de los vencidos, los leniztarras añadieron a sus blasones y escudos las rosas coloradas de los Lancáster. Desde entonces, el linaje **Uriarte** presume en su heráldica de doce rosas, el de **Ortiz** de seis rosas, **Guraya**, **Guiriar**, **Castillo**, **Atocha**, **Beitia** también muestran las suyas.

Mediado el siglo XV, la rosa blanca, típico emblema de la casa de York y la rosa roja de los Lancáster, disputaron el trono de Inglaterra en sangrienta confrontación bélica, que, sin



embargo, recibió el romántico nombre de **Guerra de las Dos Rosas**. A raíz de este hecho de armas, el victorioso Enrique VII introdujo la rosa en el escudo imperial británico.

Los sensuales romanos admiraron esta flor y, tal vez, fueron los primeros que la importaron por mar desde tierras más cálidas. Con la rosa elaboraban dulces, sorbetes, helados y aromatizaban el vino.

La intrigante Cleopatra ordenó su cultivo en Egipto, y lenguas viperinas... o envidiosas—según se mire—, aseguran que esperaba a sus amantes en un tálamo cubierto de pétalos de rosa. ¡Algo embriagador!

Desde tiempo inmemorial, el mundo islámico muestra predilección por esta flor, convencido de que su cáliz encierra los cinco secretos de Alá y afirma que la rosa blanca se gestó con la sudoración que Mahoma expulsó en su ascensión a la montaña sagrada. (Con lo maravillosamente que huelen las rosas, ¡quién lo iba a decir!).

Bástenos contemplar los jardines granadinos del Generalife o de cualquier otro califato para cerciorarnos del fervor que los árabes profesan por la rosa que a los besos del sol exhala perfumado aliento. Se cree que el musulmán Avicena, llamado **Príncipe de los Médicos**, fue quien hace mil años inventó la destilación floral de la que surgió la mística y apreciada esencia.

La rosa, junto con su rival la orquídea, es la flor predilecta de los finos amadores. El envío de un ramo o simplemente un immaculado capullo de cimbreante tallo puede marcar el comienzo de una profunda amistad, puede ser la confirmación de un verdadero amor, la ofrenda de gratitud o el deshielo de una situación hostil. Pero en cualquier caso, denota la sensibilidad del remitente.

Ahora bien, antes de efectuar la ofrenda floral es conveniente recordar el significado y lenguaje universal. La rosa blanca, por ejemplo, quiere decir secreto; la roja es sinónimo de apasionado amor; la rosa equivale a juramento de fidelidad; la amarilla, en cambio, acusa de infidelidad; la de tonalidad beige denota amabilidad y icuidado! la canina o silvestre simboliza una feroz indiferencia.

La rosa canina es pequeña y de cinco pétalos. Los botánicos la cognomentan **canina** porque antaño decían que su savia constituía un antídoto contra las mordeduras de los perros. Es considerada como una de las flores más antiguas de la humanidad, que ha sobrevivido a las glaciaciones.

La floricultura ha avanzado tanto que en la actualidad se cultivan rosas en cualquier estación del año. Existen variedades hasta de color verde y que carecen de espinas, lo cual echa por tierra el proverbio que asevera lo contrario.